

Las flores de los almendros poco a poco están cayendo, semejan una capa de nieve tardía, que cubre la tierra yerma que los sustenta. Miguel, desde la cama y arrebuado bajo el edredón, contempla ensimismado el árbol que da sombra a su ventana. Ve como el viento agita los pétalos, hasta que estos, vencidos, se desprenden de las ramas. Caen meciéndose en el aire, algunos chocan contra el cristal quedándose sobre el alféizar, en cambio otros, se pierden tras la pared.

Miguel con la imaginación sigue el trayecto que trazan los pétalos que no ve. Va bajando los ojos como si realmente los estuviera viendo, hasta que su mirada se ensombrece, cuando tropieza con la escopeta que descansa en la esquina de la habitación. Se la ha regalado su padre por Navidad. Él quería una playstation, no le importaba que no fuera la cinco, se conformaba con la cuatro e incluso con la tres y si no había más remedio con la dos. Pero no, su padre se empeñó en que a sus catorce años recién cumplidos, tenía ya que tener su propia escopeta de caza y salir con él al monte, a matar bichos.

A Miguel no le gusta cazar y su padre aunque aún no se lo ha dicho, lo sabe. Le da mucho coraje que cuando llega, le balancea el portacazas con las piezas que ha cobrado, delante de su cara. Tampoco le gusta cuando entra en casa con las botas llenas de barro, sin importarle que el suelo esté limpio, es más, ha comprobado que sus pisadas en esas ocasiones, son más fuertes dentro que fuera de la casa. Es consciente de que lo hace adrede. A veces de reojo mira a su madre, la ve como agacha la cabeza conteniendo, en un imperceptible movimiento involuntario de la mandíbula, su rabia. Le irrita que su padre ponga encima de la mesa, en la que luego él va a comer, a sus animales muertos, porque deja en ella un rastro de sangre que por mucho que la limpie, queda el mismo olor indeleble de siempre. Pero lo que peor lleva, es que desde que tiene la escopeta, todos los días después de cenar, tiene que sentarse con él a limpiarla; a dejarla preparada por si la tiene que usar en la noche; a escuchar sus bravuconadas; a aguantar estoicamente sus charlas de la vida. Hasta que su madre le salva de su compañía, alegando que es muy tarde. Miguel en agradecimiento la mira con infinita ternura.

Resignado vuelve a mirar hacia la ventana, prefiere ver las flores a amargarse el sábado antes de levantarse, ya que es el único día que su padre no está en casa y puede estar en la cama tranquilo sin que nadie lo atosigue.

Inesperadamente, un lamento le hace dar un respingo. Inmóvil se pone en alerta para escuchar atentamente. Extrañado percibe claramente la voz de su padre tronando en la mañana. Su primer impulso es levantarse, sin embargo, al poner los pies descalzos en el suelo, la frialdad le hace dudar, aun así, camina lentamente hacia la puerta. Cuando su mano se posa en el picaporte para abrir, mira de refilón a la escopeta y un pensamiento fugaz, se lo impide.

Regresa temblando hacia la cama. Se sube. Se abraza a las piernas y se balancea sobre sí mismo mientras llora. Tiene miedo de lo que está ocurriendo al otro lado de la puerta. De lo que acaba de pensar. Pero reconoce que tiene más miedo de salir y enfrentarse a él.

Intenta no pensar demasiado, cuando de repente, se le hiela la sangre al oír un estruendo en medio de cristales rotos y el grito ahogado de su madre. Contiene la respiración durante unos interminables segundos, pensando en qué va a hacer. Suspira. Se arma de valor. Coge la escopeta y se va de la habitación.

Sale a la sala de estar y se para frente a la puerta que comunica con la cocina. Sabe que están dentro. La abre de una patada. Le recibe un fogonazo de desesperación y no se da cuenta de cómo las cortinas se mueven en una danza macabra, sacudidas por el viento que se cuele por la ventana. Ni oye como el grifo gotea una melodía siniestra. Ni se entera de que la mesa yace derrotada, en medio de un suelo sembrado con trozos de cristal, de lo que han sido platos y vasos. Sus ojos se han quedado clavados en las manos de su padre, que están apretándole el cuello a su madre. Se le nubla la vista cuando se da cuenta de que ha llegado tarde, ella yace desmadejada cerca de la puerta sin oponer resistencia, azul y con los ojos en blanco. Tampoco su madre le esperaba y no ha tenido tiempo de huir. Su padre al verle, le mira primero con incomodidad y cuando se da cuenta de que le está apuntando con la escopeta, yergue la espalda, achina los ojos, mueve negativamente la cabeza, sonríe de medio lado y aprieta el cuello con saña. Desafiándole.

Miguel no quiere pensar, sabe que si piensa no lo hará. Su padre le está provocando y es esa provocación la que le ayuda a decidir. Aún así, tiembla. Suda. Quita el seguro. Respira hondo. Cuando oye sus carcajadas, cierra los ojos buscando la fuerza que necesita para apretar el gatillo. Y en esos dos segundos y medio de oscuridad, su padre se ha acercado a él. Miguel de repente, siente un tirón brusco que le arrebató la escopeta. Abre los ojos asustado al tiempo que un estallido ensordece su asombro, martillea su pensamiento y termina palpitando en su corazón. Mientras afuera, las flores de los almendros siguen cayendo.